

Escrituras cinematográficas y memorias de mujeres militantes de los 70 en Chile

Carmen Castillo

cinéasta

Una sorpresa me espera al regresar a París, en un macetero olvidado desde hace dos años, descubro cinco flores blancas desafiantes. Tal vez la luz lateral del atardecer que llega desde los enormes ventanales rozó a la planta cada día, pienso. La orquídea parece decirme: ya ves, las raíces no mueren, la savia revive, la tierra no se seca. Su belleza frágil me encandila. Me aproximo para observarlas, una rama de color verde brotó del tallo áspero y en su cúpula se yerguen los pétalos blancos y cuatro corolas amarillas. Junto a ella, asombrada, escribo estas líneas.

La orquídea me conduce a las luciérnagas de Pier Paolo Pasolini. En un texto de 1976 anunciaba su desaparición ante la ofensiva de la sociedad de consumo. Didi-Huberman retoma esa imagen en 2009 para sostener que aún palpitan. Ellas representan todo aquello que resiste a la máquina de los poderosos. ¿Agonizando o renaciendo?

¿Entre vivencias del pasado y luchas colectivas del presente, entre el ayer y el hoy, dónde estamos?

¿Han desaparecido esas señales luminosas, intermitentes y fascinantes que emiten las luciérnagas? ¿Se buscan todavía entre ellas, se hablan, juegan, se aman?

En esta densa noche oscura, bajo la enceguedora luz de los proyectores del mercado triunfante, creo que nuestras acciones pasadas, como luciérnagas, continúan emitiendo señales. Alumbran el camino de las luchas del presente como un faro en la tormenta que alerta sobre el peligro. ¿Luz menor, acciones minoritarias? Quizás, pero si Todo es Política se trata de encontrar una ubicación que me permita vislumbrarlas latentes en el presente para seguir acompañándolas en esa danza comunitaria del deseo, como el baile de las luciérnagas en las noches estrelladas del campo de mi infancia. No hemos sido vencidas, destruidas o disecadas ni por la agitación mortífera de las pantallas de televisión ni por el pobre individualismo aterrorizado. Continuamos anhelando, continuamos habitados por la esperanza política de que es posible y necesario cambiar el mundo.

Sin embargo, para evitar la lamentable caricatura de lo que fuimos, intento volver a pensar en nuestro "principio de esperanza". Tal vez lo logre visualizando cómo el Antaño repercute en el Ahora. Pienso entonces que es en nuestra manera de imaginar donde yace el sustento de nuestra forma de hacer política. La política no puede darse, escribía Hannah Arendt, sin imaginación. Entonces lo intento. ¿Cómo podrá el antaño encontrar al ahora para desatar constelaciones de luces intermitentes, acciones colectivas de lucha ricas de futuro? Sola no encuentro respuesta, nunca pensamos solos, nunca imaginamos solos, allí están los poetas, los libros, los muertos más vivos que los vivos y "los de abajo" que resisten. Con ellos intento por un instante la fusión del presente activo con las reminiscencias del pasado. La sobrevivencia de ese "nosotros", de nuestra historia, transmitida o invisible, latente o resurgiendo, es el zócalo sobre el cual podemos construir hoy un futuro digno y humano.

¿Dar vuelta a la página? ¿Decretar la muerte de la pervivencia de las luchas? ¿"No es eso tan inútil como declarar la muerte de nuestras obsesiones, de nuestra memoria en general"? ¿ Entonces busco una y otra vez aportar algo, con mis frágiles herramientas, al encuentro amoroso entre el antaño y el ahora.

Escritos sobre la manera de ser militantes revolucionarias en la década de los 60 y 70 en América Latina, existen. Testimonios, análisis, trabajos históricos, novelas, poemas, canciones: cada uno de esos trabajos a los que he podido acceder me han permitido realizar "La Flaca Alejandra" y "Calle Santa Fe", dos de mis películas documentales, a partir de las cuales, quisiera exponer algunas reflexiones.

No éramos heroínas, solo militantes movidas por la convicción de que sí valía la pena luchar contra la opresión capitalista. Luego del golpe de Estado, el destino de todos, la educación y la salud pública, los derechos sindicales, el derecho a la vivienda, la dignidad, la democracia participativa, se jugaban en la resistencia contra la dictadura. Nuestra responsabilidad era librar la batalla. El precio que pagar fue alto, pero aun en ese contexto de represión lo que vivimos fue la vida, simplemente.

Sobreviví a la maquinaria de la muerte y después de escribir "Un día de octubre en Santiago" (1982) y "Ligne de fuite" (1987) no logré convencerme de que ya había cumplido con mi "deber de memoria". Memorias movedizas, las nuestras, la mía se me escapa, solo logro mantenerla viva encarnada en acciones políticas a mi alcance. Convertirme en consumidora pasiva de homenajes o monumentos me envejece. Enterrarla es como asistir a mi propio entierro. No me queda otra alternativa, tengo que continuar para vivir. Entonces, entre pequeños actos colectivos realizados contra el olvido y por conquistar la democracia en Chile, retomé al inicio de la transición mi labor de construir relatos en torno a la memoria de esas vivencias.

Frente a la amnesia impuesta, a la impunidad de los criminales, di mis primeros pasos en el cine documental. En 1993, junto a Guy Girard, director francés, realizamos "La Flaca Alejandra", una película sobre el miedo, la tortura y la traición.

Para lograrla me apoyé en la memoria, el trabajo y la reflexión de cinco mujeres sobrevivientes de la tortura, militantes del MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria, una organización política nacida al calor de la revolución Cubana, de inspiración trotskista, marxista y anarquista.

Para cada una de nosotras, la empatía con los que sufren, los que pierden, los que se rebelan, surge muy temprano, en la adolescencia. La ola se encontraba en esos tiempos en el punto mas alto de su curva, militar era una evidencia. A la escala de nuestras vidas, la Revolución, una sociedad más justa y democrática, advendría. Éramos jóvenes, pero no tanto. En Chile, durante los años de la Unidad Popular, vivíamos en una sociedad entera en estado amoroso, los brazos bien abiertos para acoger el "acontecimiento" histórico.

La cuestión de ser mujer no ocupaba nuestra mente. Todo estaba permitido para todos: la libertad sexual, el trabajo salarial, el compromiso político, la maternidad. Solo nos dimos cuenta de nuestra especificidad frente a la represión y la tortura.

Desde los campos de concentración y luego en el exilio, comenzamos a balbucear palabras, escuchándonos las unas a las otras, nos percatamos que nuestras vivencias reflejaban “particularidades”: la brutalidad es una pero la violación, la humillación, la manipulación se aplica a nuestro cuerpo o repercute en nuestro ser de una manera específica. En “ La Flaca Alejandra” espero que aquello sea perceptible. No declarado, mostrado, documentado.

Los fragmentos de la memoria de Marcia Merino, La Flaca Alejandra, recogida en parte en esa película y la manera tan única en que esas cuatro compañeras, Erica, Viviana, Cecilia, Gladys, víctimas directas o indirectas de su delación y colaboración con los militares, la acogen, la escuchan y le permiten pedir perdón públicamente, me estremece. Comprendo que las mujeres militantes pueden transmitir sus experiencias e ir construyendo una memoria colectiva a partir de la emoción, de la intersubjetividad, del coraje de asumir la verdad, nuestra propia verdad.

Los hombres sobrevivientes que filmé para ese film, no me lo permitían. En la edición final, no se encuentran. Pensé en aquel tiempo que las palabras y las imágenes convocadas, dibujadas, por mujeres contenían la memoria viva: el pasado no pasa, se puede tocar, aproximar, filmar lo que no se ve. Pero para encuadrar una imagen, hay que trabajar, trabajar, leer, pensar con anterioridad al rodaje mismo. Esta oscuridad de lo humano debe ser tratada con mucha delicadeza. Prepararse para escuchar, y construir, en la fase de edición, un relato sincero al filo de la emoción. Cuando Marcia Merino, La Flaca, surge del hoyo negro y pide perdón públicamente, a fines del 92, yo ya había leído Primo Levi, Charlotte Delbo, Robert Antelme, Jean Amory, Hannah Arendt. Sabía del peligro y la imposibilidad del testimonio. Pero debía intentarlo. Tuve que asumir mi propia subjetividad, destruir la culpabilidad de haber sobrevivido, de no haber sido torturada como ellas, mis compañeras, para lograrlo. Ni condena ni perdón. Un trabajo, un paso más, en la construcción de la memoria de los vencidos.

Calle Santa Fe, un renacer

¿Cómo fui perseverando en esta línea de vida, tantas veces trunca o cuestionada? Atravesé a costalazos el abismo de los noventa, sí, la derrota de nuestra religión de la historia, materializada en la caída del muro de Berlín pero ya anunciada desde mediados de los ochenta. Incapaz de sentir alegría ante el fin negociado de la dictadura, asediada por la realidad de mis dos países, Chile y Francia, terminé aceptando que el mundo en que vivimos poco tiene que ver con el de mi juventud. Sin embargo, entre trampas, desesperanzas, melancolías profundas, se dieron algunos despertares. Es desde mi oficio de cineasta que he tenido la suerte de vivirlos. Hoy quisiera compartir con aquellos que aún se interesan en conocer nuestras historias pasadas una bifurcación que se abrió en mi camino. Como las flores de la orquídea, brotan de un mismo tallo: la muerte en combate de Miguel

Enríquez, mi compañero y jefe de la resistencia contra la dictadura de Pinochet, ese sábado 5 de octubre de 1974.

No me hace falta recordar la belleza de su rostro el día de su muerte... Miguel no se ha ido, soy yo quien me he convertido en otra, una extraña en esta historia. El tiempo está ahí, no transcurre, solo tuve que acostumbrarme a la ausencia, al vacío, para osar un día acercarme a la casa... esa casa incrustada en mí, desde ese sábado 5 de octubre de 1974... Todo empezó ese día, en esa calle... la ruptura con mi país, el desgarramiento de una familia, la errancia...

Con esas palabras comienza la voz de la narradora en la película *Calle Santa Fe*.

Una frase de mi libro *Ligne de fuite*, en castellano "Punto de fuga", publicado en Francia en 1987, contiene el estado en que me encontraba en esa primavera de 2002 antes de recorrer el barrio y aproximarme a aquella casa ubicada en el número 725 de la calle Santa Fe, en la comuna de San Miguel. "Locura, mi amor, enfermedad, esta falta de memoria, esta liviandad monstruosa que me posee."

Era una mañana de otoño, ese año 2002, en la calle San Francisco distingo un portón oxidado, con agujeros. Ahí es, digo, donde habría caído el cuerpo sin vida de Miguel.

Tras una espera que me pareció larga, una mujer, sonriente, abre. Sylvia, la compañera que me ha guiado hasta el lugar, le pregunta si podemos pasar, señalándome agrega: "Es ella, ella vivía en la casa de al lado, quiere ver el lugar donde él murió... ¿Podríamos pasar un momento? Para acordarnos..."

La mujer, amable, nos acoge. Tenía diez años en 1974 y su hermana, que llegará unos minutos después, doce.

"¿Es usted, entonces? ¿La mujer joven, embarazada, la mamá de las niñitas gemelas? Nos subíamos al muro de ladrillos, ahí, para ver cómo vivían: encima de la mesa de ping-pong colocaban una mesita y dos sillas de mimbre, ahí comían las niñas... El perro daba vueltas alrededor... Eso nos daba risa..."

"Ese día no se olvida, la balacera, mi mamá estaba aterrada, nos escondió debajo de una cama..."

Nos contó que su madre recordaba que Miguel lanzó un grito desde el muro: "¡Hay una mujer embarazada, herida, paren el fuego!" Y que después lo mataron, que su cuerpo cayó ahí, junto a una artesa, en el suelo, que era de tierra.

Fragmentos de este diálogo se encuentran en la película. Algo difuso tenía en la cabeza al iniciar ese recorrido. ¿Reunir material para otros trabajos en torno a la memoria? Al menos capturar imágenes y sonidos, el instante mismo en que el recuerdo irrumpe. ¿Cine de lo real? Mis vecinos, que habían permanecido ahí, generosos, aceptan el desafío. Cada uno contará su 5 de octubre.

Esos, sus recuerdos, como puñaladas, reabren las viejas cicatrices y vuelvo a sangrar, la máscara que cubre mi rostro se resquebraja, me siento muy débil, agotada. Entonces, le digo a Sylvia: solo un encuentro por día y espaciados. Cada regreso es un comienzo, pienso, atreviéndome a parafrasear a Borges.

Desde la casa frente a la nuestra, la vecina Gladys, sus cabellos teñidos, coqueta como siempre, me llama desde su ventana: "Ximenita, tanto tiempo... ¿y el bebé?" Ximena, mi nombre clandestino. La vecina no escucha mi respuesta, se precipita para alcanzar a su hijo, un hombre ya, aquel niño que heredó algunos de los juguetes de las niñas cuando se fueron "al campo". Luego de tomar un té en la minúscula pieza y de escuchar a su esposo, un maestro jubilado hoy ferviente ecologista, me dirijo a Gladys y le pregunto: "¿Usted llamó a Urgencias del Hospital Barros Luco al verme herida?" "No, ese día no estábamos aquí, los sábados siempre había almuerzo donde mis suegros".

Así, con una frase se derrumba mi creencia de cómo habían sucedido las cosas para que finalmente sobreviviera. Si en aquella casa, la única de la cuadra donde había un teléfono susceptible de ayudar, la vecina amable no estaba, ¿cómo llegó la ambulancia, quién la llamó?

Otro día, tras acercarnos en la vereda a Octavio, obrero desempleado, cuya humilde casita colindaba con la nuestra, evocamos junto a su esposa el destino de nuestra casa en aquel estrecho patio recubierto de un toldo al que nos invita a pasar. "La DINA la ocupó dos o tres años, después la antigua propietaria, Clotilde, la retomó. Es su hijo el que vive ahí ahora. Es rico, nos desprecia..." Antes de despedirnos les pregunto si saben quién llamó al Hospital Barros Luco. "Es Manuel, el cojo, en esa época tenía una moto, vive pasadito San Francisco, por la vereda de enfrente, ahora tiene un boliche en su casa..."

Al menos por curiosidad debería haberme dirigido inmediatamente hacia ese lugar, pero no, lo postergo. ¿Cada testimonio es una pieza más de un rompecabezas que debe permanecer inacabado?

Al alejarnos, un sol tibio me acaricia; siento la belleza de la luz, la tranquilidad. Me siento en el borde de la vereda en San Francisco y le pido a Sebastián, el camarógrafo, que filme ese silencio, lo imperceptible, los detalles.

Mi cuerpo doblado en dos, la cabeza entre las manos. Esta casa, donde se interrumpió mi vida de mujer libre, me asedia. No es la felicidad lo que busco, sino una fuerza. ¿Dónde tomarla, a quién robársela? ¿Cómo evitar volver cada vez al pasado, cómo salirse de la fila de los sobrevivientes, cómo arrancarme de mí misma?

Sylvia me llama desde la calle Santa Fe, un poco más lejos. La veo aproximarse con un hombre pequeño que camina con dificultad. Me levanto. "Es Manuel", dice ella, "es él". Nos abrazamos. Me dice: "¿Es usted? Estoy tan contento de verla... Pensé tantas veces en usted."

El rostro marcado de este hombre del pueblo es hermoso, su mirada directa, su palabra dulce.

“No hice nada, era normal, usted estaba perdiendo sangre, un charco de sangre... Había una ambulancia estacionada ahí, convencí al chofer de que se acercara, tenía miedo, la balacera por todos lados. Hubo un momento en que los militares corrieron hacia la derecha, por San Francisco. Entonces nos acercamos y finalmente nos dejaron pasar hacia donde estaba usted botada. La tomé en brazos y la puse en la camilla de la ambulancia. Protestaron, pero al fin nos dejaron ir hacia el Barros Luco. Tres hombres nos acompañaban, armados. Luego que el personal de Urgencias la acogió, llegaron unos oficiales y muchos militares. Me arrestaron un momento. Me dijeron que usted era una terrorista peligrosa, me preguntaron que qué hacía yo ahí, por qué me había ocupado de usted. Una vecina, respondí, herida, embarazada, ¿qué habría hecho usted?”

Tomo a Manuel de la mano. Ahora estamos sentados los dos en la vereda. Lo miro a los ojos, me hundo en esa ternura, esa transparencia. Con timidez, retoma la palabra: “Vi salir a Miguel, con su ametralladora, caminar rápido hacia esa calle...” Señala hacia San Francisco al sur. “Luego se dio media vuelta y regresó a la casa”. “No es posible, balbuceo, en esa dirección era imposible, debe estar confundido...” “No, lo vi, lo conocía bien, era él... El tiroteo había disminuido, atravesó la calle, y luego se devolvió, no podía abandonarla en la casa, sola... Hizo lo que tenía que hacer.”

Por primera vez desde que volví a la calle Santa Fe la emoción me invade. Muda, agarrada de su mano, rechazo esa visión. Se equivoca, seguro. Miguel abriéndose paso por el frente de la casa, con “ellos” pululando, copando esa posición en la batalla, no concuerda. Pero no le digo nada.

Casi tambaleándome me despido: “Tengo que recogerme, intentar pensar... hasta luego”. Nos abrazamos un largo instante.

¿Qué hacer con esas palabras? Hay que borrarlas, pienso, no puedo dejarlas correr hasta producir una deflagración: un revolucionario, el jefe de la resistencia, no arriesga su vida por amor. Tiene un solo deber: vivir.

¿Pero qué legitimidad sería superior a la de Manuel? La memoria de los vecinos de la calle Santa Fe encarna la del pueblo atrapado en esta violencia. No es la versión del MIR ni tampoco la del poder militar. Es la de ellos. Cualquiera sea su veracidad, hay que dejar, flotando, libre y mensajera, la leyenda de Miguel, un hombre como tantos otros.

Obnubilada por el mal, durante mucho tiempo solo vi en Chile a torturadores y fascistas. Las humildes palabras de Manuel: “Hice lo que tenía que hacer, es normal”, remueven mi memoria, de la sombra surgen los gestos anónimos de bien, los rostros iluminados de los Justos. ¿Cómo pude ignorarlos? La maquinaria imperfecta de la dictadura nada puede contra la valentía de los anónimos... Son ellos los verdaderos héroes de la resistencia.

Mi cabeza gira, da un vuelco y se despeja. Tras el ensordecedor jolgorio consumista, el ruido permanente de las máquinas absorbiendo dinero en los centros comerciales y la arrogancia de los vencedores, vislumbro en la periferia de Santiago, en los antiguos bastiones del poder popular, en las poblaciones, varias colmenas de abejas que trabajan incansablemente. En La Victoria, por ejemplo, la reina es Blanca, la emblemática dirigente mirista de los ochenta, las mayores son sus amigas, y los hijos, nuestros hijos, los más asiduos trabajadores. Nada se pierde, finalmente. “Todo nos dice adiós todo se aleja, la memoria no acuña su moneda, y sin embargo hay algo que se queda, y sin embargo hay algo que se queja.” Los jóvenes me rodean, me exigen como Pedro que cuente cómo hacíamos política, con qué instrumentos, qué conocimientos. Una balsa entre dos orillas, el ayer y el hoy. ¿Por qué no? Transmitir, aunque fuera poco y mal, me gusta, por algo había sido profesora antes del Golpe. La noche puede ser un bello refugio para ir fortaleciendo las resistencias del presente, la noche acoge a los amantes y cobija los sueños.

Todo esto fue sucediendo en mi vida gracias al encuentro con Manuel, gracias a su valor, a su ser.

Desde el día después de escucharlo y durante tres años estuve habitada por una memoria viva moviéndose. Aquel demonio que me poseía, la duda inquietante –¿había valido la pena tanta muerte, tanto dolor?– se fue diluyendo en las voces de la Chica, la Rucia, de Lucía y Margarita, de Gladys, Érica y Viviana, de Cecilia y Rosalía... Mis amigas, militantes del MIR, sobrevivientes de la tortura y de la muerte. No transcribiré aquí las respuestas múltiples y enriquecedoras que *Calle Santa Fe* recoge. Con ellas aprendí que la memoria de los vencidos es energía para la historia, sin ella la aurora no adviene.

Cada una a su manera evoca la fuerza vital que nos permitió retomar el hilo amoroso de la danza de las luciérnagas, aun allí adonde se había cortado, en las casas de tortura clandestinas, en los círculos cercados por la culpa, el culto a la muerte y la nostalgia, del exilio. El dolor de haber abandonado a nuestros hijos, el llanto retenido por el “deber ser” que negaba nuestra condición de mujeres Y militantes. Ese tajo, esa ruptura en nuestra intimidad mas profunda, hubo que sanarla. Y en la vida, como en *Calle Santa Fe*, son nuestras hijas las que nos permitieron lograrlo. Cadena de solidaridad femenina que abre el horizonte de sentidos para nuestros dolores de ayer, para nuestro caminar sin certezas del hoy.

Por allí, entre nosotras, revoloteaban las palabras de Walter Benjamin: “La fuerza mesiánica de las víctimas, de los vencidos de la Historia, de los ancestros martirizados como fuente de inspiración de las generaciones siguientes.” Los muertos están para mí muy cerca de los vivos, distingo mal la frontera que los separa. Todo confluye hacia ese día y esa calle. Todo concluirá, el día de mi muerte, allí.

Siempre hay un precio que pagar en el compromiso político, ¿pero cómo vivir sin la Política?

Las mujeres del Antaño y del Ahora, responden que no es posible sobrevivir a la ausencia de política. La Historia no esta escrita de antemano, somos nosotras quienes hacemos la Historia.

Ahora quisiera seguir contándoles algo de lo que ronda por mi cabeza, lo que dirige mi mirada en este momento. Sigo siendo la misma, aunque soy otra, que aquella joven mujer, protagonista, entre muchos otros, de las luchas del MIR y de la resistencia. Soy otra, por supuesto, que la sobreviviente del combate del 5 de octubre, la cineasta de "La Flaca Alejandra" y "Calle Santa Fe". Sé que el deber de memoria tiene sus trampas. La memoria, como dice François Maspero, debe ser instrumento de reflexión y no de legitimación. Si no se corre el riesgo de desviar o de secuestrar la herencia. Al rondar los setenta años, ¿de qué se nutre mi vida, mi vida que no puede ser sino vida política?

En la experiencia del exilio, atravesé el suicidio y la venganza y terminé gracias a los debates en los colectivos de mujeres francesas, por aceptar que era una mujer herida, sí, pero también una militante. En aquel tiempo estábamos aun convencidas de que pronto conseguiríamos saldar la deuda con nuestros amigos chilenos muertos en combate. En esa época aún no dudábamos, la revolución se concretaría a la escala de nuestras vidas. El "fondo del aire aun era rojo".

En los noventa quedamos sepultados bajo el famoso dictamen del "Fin de la Historia". Entre las ruinas de la Unión Soviética, bien fotografiadas, también se desmoronaron nuestras esperanzas e ilusiones, pese a que estudiosos de Trotsky y Rosa Luxemburgo siempre denunciábamos el estalinismo y rechazamos el modelo soviético.

Y yo fui perdiendo de vista otra vez la estela luminosa de la memoria de los vencidos. Navegaba sin rumbo. La resistencia, la lucha, habían sido mi única forma de sentir la vida, el único color, la única meta. ¿Qué hacer?

Luego de la chispa zapatista (levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, 1994) que mostraba que era posible ponerse en marcha, contra la corriente y sin Biblia, abriendo un camino inédito, se cristalizaron una multitud de luchas hasta entonces invisibles. Emergieron como actores políticos de primera línea: "los SIN". Cesantes, indocumentados, sin casa, ocupaban las calles de París y nos conmovían. Las marchas no tenían la belleza de nuestra juventud, ni sus canciones, ni "el pueblo unido jamás será vencido", ni las banderas rojinegras, ni las filas ordenadas de jóvenes inmortales. No, los rostros de los que avanzaban en esos años, los nuevos "miserables", estaban marcados de cicatrices, huellas de carencias, espaldas inclinadas de soportar humillaciones, pero en ese instante de la marcha erguían la cabeza, sonreían y sus miradas brillaban como la hoja afilada de un puñal a punto de penetrar el cuerpo blando de los transeúntes indiferentes, sonámbulos. "Levantados del suelo", como dice José Saramago en su libro sobre los campesinos sin tierra del Alentejo, se levantan contra la lógica mercantilista y la privatización del mundo. Otra idea se abría camino, una política de ruptura con el despotismo anónimo de los mercados, del comercio de todos con todos que conduce a la guerra de todos contra todos. Estos excluidos, indispensables sin embargo para la acumulación capitalista, rompían el sortilegio de la servidumbre voluntaria y clamaban

exigiendo “dignidad” y el derecho a la existencia. El miedo se desplazaba por un instante hacia el otro lado. ¿Era el desprecio sufrido el motor de esas rebeldías? Lo creo, allí, otra vez, las mujeres ocupaban el terreno y abrían el camino.

Comenzamos a aprender a cepillar la historia a contrapelo. Nosotras, las militantes de los 60 y 70, que teníamos prisa, debimos plegarnos a la dura escuela de la paciencia y aprender la lentitud de la impaciencia.

La alegría me transportaba nuevamente: ¡Teníamos razón en no ceder ante la pobreza de una vida sin ilusión, sin sueño ni esperanza posible! Con esas nuevas formas de lucha se abría también para mí un intermedio en el que era posible vivir. Desde los zapatistas a los sin papeles, los sin trabajo, los sin techo, me entregaba entre mis dos continentes a la experiencia intensa de una manera distinta de militar. Un compromiso en el que cada uno, en su lugar, podía consagrar toda su energía al servicio de certezas relativas...

El deseo surgió de atrapar algo de aquello en un relato cinematográfico. Mi última película documental “Aun estamos vivos” lo intenta. Pero esa es otra historia.

“Permanecer fiel a lo que uno fue es no ceder al mandato de los vencedores, no rendirse a su victoria, no entrar en sus filas. En vez del apego a un pasado marchito, fidelidad a los encuentros por venir, amorosos, políticos o históricos”

Si la promesa del movimiento de resistencia a la dictadura residía en su victoria futura, las promesas de las vivencias íntimas en cada acción de lucha compartida son instantáneas, esos momentos efímeros, personales, cada pequeño gesto, cada canción, cada poema suspendido, una caricia, una sonrisa. Sean estimulantes o trágicos, esos momentos contienen experiencias de la libertad. Son por lo tanto momentos trascendentales y tan incontables como las estrellas en un universo en expansión.